

—Sí señora; pero yo no quería venir, por no ser molesta—replicó Beatriz, sentándose en el borde de una silla.—Por fin, esta noche me determiné, y he traído á ésta para que me enseñe las calles, que no conozco bien. Rosa sabe al dedillo todos estos barrios, porque ayudaba á sus padres á repartir la leche, cuando tuvieron la cabrería... ¡ah! negocio malísimo, en que se metió mi prima con los vecinos del bajo derecha, por ayudar á Ladislao, que con la afinación de pianos no sacaba para dar de comer á la familia. El pobre Ladislao ha pasado amarguras horribles, persiguiendo el garbanzo, y soñando siempre con la ópera que tenía á medio componer, dentro de su cabeza. Todo lo probó: tocaba el trombón en un teatro, y repartía prospectos por las calles. La cabrería les empeñó más de lo que estaban. Yo he visto la miseria de aquella casa, miseria negra, como hay tanta en Madrid, sin que nadie la vea ni la socorra, porque no es posible, Señor, no es posible... Bien lo sabe la señora, que la ha visto con sus propios ojos, porque con la señora entró Dios en aquella casa... Y puedo decirle que sus palabras cariñosas las han agradecido aquellos infelices más aún que el socorro que les ha dado para comer y abrigarse. La señora es... no tan sólo la caridad, sino también la esperanza.

—¿Y el pobre Ladislao, está contento?

—Tan contento, que de puro alegre no pega los ojos. Dice que su *desiderato* sería la plaza de maestro de capilla; pero que si la señora no tiene capilla en sus estados, lo mismo la servirá de cochero que para traer leña del monte, si á mano viene...

—Que no piense en eso, y espere—dijo la Condesa, impaciente por tratar de otro asunto.

—Bueno, Beatriz, ¿y qué...?

—Nada, es cosa resuelta. He venido acá, para que la señora Condesa no tarde en saber que hoy fueron á verle al hospital dos señores curas, que parece son del Tribunal eclesiástico. Dijéronle que Su Ilustrísima le proponía dos maneras de asistirle y curarle, en el suponer de que está enfermo. Ó bien darle un vale perpetuo para el Asilo de señores sacerdotes, ó bien ser recogido en una casa honestísima de persona principal y muy cristiana. Diéronle á escoger, y, por de contado, escogió lo segundo. Lo he sabido por él mismo: esta tarde fui allá, y me encontré en la celda al señorito de Urrea, que le aconsejaba salir de aquel encierro, pues ya está libre. Mas no quiere el bendito don Nazario gozar de libertad mientras no le dé licencia la persona que le toma bajo su amparo, y le diga cuándo, cómo y á qué lugar ha de ir con sus pobres huesos.

—Pues mira lo que has de hacer, Beatriz, y pon atención á lo que te ordeno. Mañana llegará un carro con tres mulas que he mandado venir de Pedralba. Al amanecer del día siguiente, lo tendrás en tu calle, y el carretero, que es un viejo llamado Cecilio, un poco hablador y refranero, pero buen hombre, subirá á tu casa para avisarte. Metes en el carro á Ladislao y á Aquilina con sus tres chicos, y á Nazarín, y tú misma de añadidura. Cabréis perfectamente, y si vais estrechos, los hombres pueden ir algunos ratos á pie... En fin, arreglaos del mejor modo posible. No llevéis muebles ni ropas de cama. Repartid todo eso entre los vecinos que sean más pobres. Ropa de vestir podéis llevar... ¡Ah! se me olvidaba el piano de Ladislao. Dile que es mi deseo se lo regale al ciego, también afinador, que vive en el cuartito próximo. Puede meter en el carro aquella balumba de papeles de música que tiene encima de la cómoda. Todo el día emplearéis en el viaje, porque las mulas irán al paso, para que puedan hacer un poco de ejercicio los que se cansen de la estrechez del carro, y meterse en él un rato los *de infantería*, para descansar de la caminata. Cecilio os llevará hasta mi casa, y en ella os dará alojamiento hasta que, pasados unos días, cuando yo avise, vuelvan Cecilio y las tres mulas por mí.

—¡En carromato la señora! —exclamó Beatriz llevándose las manos á la cabeza.

—Como vais vosotros, iré yo. ¿Qué más da? Si es hasta más cómodo, y más alegre. No veas en esto un mérito, ni menos afectación de pobreza: no gusto de hacer papeles. Además, establezco en mi pequeño reino toda la igualdad que sea posible. No me atrevo aún á decir, antes de que la práctica me lo enseñe, á qué grado de igualdad llegaremos.

—Reino ha dicho la señora—afirmó la nazarista con gozo,—y aunque así no lo llamara, reina y señora nuestra será siempre.

—Tampoco sé aún qué grado de autoridad tendré sobre vosotros. Quizás no pueda tenerla, ó la abdiqúe desde el primer momento. Pero no pensemos aún en lo que será, y ocupémonos tan sólo de lo presente. Con el dinero que te di, y que conservarás en tu poder...

—Sí señora, menos lo que, por encargo de la señora, gasté en el vestidito de Aquilina y en las botas de Ladislao.

—Pues aún te queda para comprar zapatos y alpargatas á los tres chicos, y para lo que gastéis por el viaje, que será bien poco. No necesito decirte que economices, porque sé que sabes hacerlo. Como la hija de Cecilio cuidará de daros de comer mientras yo llegue, ten bien cerrada la bolsa, Beatriz, y no gastes ni un cén-

timo de lo que en ella te quedare al llegar allá; no olvides que somos pobres, pobres verdaderos... No creas que nuestro reino es una pequeña Jauja.

—Si lo fuera, no nos tendría la señora por vasallos...

—¿Te has enterado bien?

—Sí señora—dijo Beatriz levantándose;— descuide, que todo se hará punto por punto como la señora desea.»

Despidiéronse besándole la mano; la Condesa las besó en el rostro, y al despedirlas en la puerta, cuando ya habían bajado algunos peldaños, las llamó para hacerles una advertencia.

«Oye, Beatriz. Mi buen Cecilio padece de una maldita sed que no se le quita sino con vino. Ya está tan cascado el pobre, que sería crueldad privarle de satisfacer su vicio. Durante el viaje, le permitirás que tome una copa en alguna de las ventas por donde pasen, no en todas... Fijate bien: con tres ó cuatro copas de pardillo en todo el camino tiene bastante; pero nada más, nada más... Ea, adiós, y buen viaje.»

VIII

Llegó poco después un señor eclesiástico, amigo íntimo de Flórez, don Modesto Díaz, que goza fama de predicador excelente, uno de los

primeros de Madrid. Tres ó cuatro veces al día iba á enterarse del estado del enfermo, á quien entrañablemente quería, pues se conocieron desde la infancia, y en Madrid vivieron luengos años en cordialísimas relaciones, aunque cada cual actuaba en esfera distinta dentro de lo eclesiástico, pues si Flórez era relativamente rico, y no tenía que discurrir para proveer decorosamente á la existencia, Díaz, obrero incansable, trabajó toda su vida *propter panem*. De joven, tuvo que ganarlo para su madre, y en edad madura crió y educó sin fin de sobrinos huérfanos, que debían de padecer hambre canina, según lo que el pobre cura bregaba para mantenerlos, pues él daba lecciones de latin y moral, en colegios y casas particulares, de retórica y poética en un instituto, traducía del francés obras religiosas para un editor católico, y con esto y la celebración y sus sermones, que llegaron á constituirle un ingreso de cuenta, salió el hombre adelante con todo aquel familiaje, y algo le quedaba para socorrer á un pobre.

La diferente atmósfera en que Díaz y Flórez vivían, y el distinto camino de cada cual, no impidieron que se juntaran en el terreno de una amistad tan antigua como cariñosa. Eran vecinos: muchas tardes paseaban juntos, y perfectamente acordes en ideas y gustos, nunca

surgió entre ellos disputa ni desavenencia por cosa dogmática ni temporal. Ambos eran buenos y estimados de todo el mundo; ambos piadosos y bienvenidos con su conciencia. Hasta se parecían un poco en lo físico; sólo que Díaz no se arreglaba tan bien como el otro, ni era tan pulcro, ó si se quiere, tan elegante.

Con expresiones de sincero dolor se condeoló don Modesto de la gravedad de su amigo, manifestándose confuso por aquel repentino mal, que había venido como un escopetazo. «Pero si hace tres semanas estaba Manuel vendiendo vidas! Una tarde que fuimos de paseo hacia la Moncloa, hicimos recuento de los años que tenemos á la espalda, y calculando lo que podríamos vivir si el Señor nos conservaba nuestra salud, nos corríamos tan frescos hasta los ochenta. De buenas á primeras, Manuel da este bajón tremendo... ¿Pero por qué? Las últimas tardes que paseamos, le noté muy metido en sí, cosa rara, pues era hombre tan social, que siempre le veía usted el alma revoloteando alegre fuera de la jaula... En fin, Dios lo quiere así. Cúmplase su santa voluntad.»

Con un hondo suspiro nada más comentó la Condesa estas expresiones, y el buen sacerdote, después de enjugarse una lágrima, cambió de tono para decir: «Entre paréntesis, señora Condesa, sé que se va usted á su finca de Pedralba,

próxima á San Agustín, y conviene que sepa que el cura de esta villa es mi sobrino Remigio, á quien escribiré para que se ponga á las órdenes de usted, y la sirva en cuanto guste ordenarle. ¡Buen muchacho, señora, que sabe su obligación, y tiene además un don de gentes que ya lo quisieran más de cuatro! Yo le crié; es mi hechura, y á mí me debe su doble carrera, pues á más del grado en teología y cánones, es licenciado en derecho. Alguna guerra me dió cuando estudiaba, porque en la Universidad por poco me le tuercen. Le tiraba más la filosofía que la teología, y su comprensión fácil, su talento flexible le encariñaron más de la cuenta con los estudios de materias filosóficas y sociales novisimas. Bueno es saber de todo, y conocer toda la extensión de las ideas humanas; pero yo dije: «pára, hijo». Él obstinado en doblármese, y yo en que había de ponerle derecho como un huso. Naturalmente, gané yo: el chico era dócil, respetuoso, y me quería con locura. Cantó misa diez años ha, día de la Candelaria, y ahí le tiene usted hecho un sacerdote modelo, obscurecido, es verdad, en una villa de corto vecindario, pero con esperanzas de pasar á una parroquia de la Corte, ó á una canonjía.»

Contestó Halma con las expresiones urbanas que el caso requería, y la conversación, por su propio peso, recayó en don Manuel, y en la di-

ficultad de sacarle adelante, si Dios no hacía un milagro.

«Para mí—dijo Díaz con hondísima tristeza,—es una pérdida irreparable, pues no tengo ningún amigo que pueda comparársele en lo afable, en lo cariñoso y servicial. Siempre que yo necesitaba una tarjeta de recomendación, él á dárme la. Sus buenas relaciones con gente principal eran una bendición de Dios para los que estamos en esfera más baja. ¡Cómo le quería toda la grandeza! Y ahí tiene usted á un hombre que hubiera podido ser obispo. Pero lo que él decía con toda la modestia de Dios: «No sirvo, no sirvo: es mucho trabajo para mí.» Cada lobo en su senda, y la de Manuel era fomentar la piedad en las clases elevadas, y dirigirlas en sus campañas benéficas... Era hombre de tan extraordinario don de gentes, que su trato lo mismo cautivaba al rico que al pobre, y con su ten con ten, á todos les enseñaba la buena doctrina... ¡Dios sabe cuán solo y triste me quedo sin Manuel en este valle de lágrimas!... ¡Pues apenas tiene fecha nuestra amistad! Él es natural de Piedrahita, yo de Muñopepe, en el mismo partido. Juntos nos criamos, juntos fuimos á la escuela, juntos recibimos la sagrada investidura. Él era casi rico, yo pobre; él vivía de sus rentas, yo de mi trabajo rudo. Siempre que necesité de algún auxilio, porque hay meses crue-

les, señora mía, sobre todo en verano, cuando se despuebla Madrid, á él acudía,... ¡ay! y le encontraba siempre. ¡Qué excelente amigo! Me facilitaba cortas cantidades, sin ningún interés... ¡Ave María Purísima, ni hablarle de ello siquiera! Me habría pegado. ¡Entre amigos...! Llegaba el invierno, y yo le pagaba religiosamente. Por Navidad, de los infinitos regalos que recibe, participo yo. El Señor le premia tanta bondad, pues sus tierras de Piedrahita siempre le dan buenas cosechas... Así es que viviendo con decoro y sin boato, como un buen sacerdote, tiene sobrantes, con los cuales pudo costear una excelente escuela en Piedrahita. Sí señora, una lápida de mármol dice á la posteridad el nombre del fundador. Pues con estas esplendideces, aún le sobra, y no hay año que no compre alguna tierra limítrofe con su heredad. Propietario generoso, y buen cristiano, no apura á sus renteros, ni escatima jornales en tiempo de miseria. En fin, que hombres como éste hay pocos. El Señor le quiere para sí; acatemos su voluntad suprema, y reconozcamos que todas las grandezas terrenas son ceniza, polvo, nada.»

Manifestóse doña Catalina conforme con todo esto, y seguían platicando sobre la vanidad de las grandezas humanas, cuando el enfermo dió una gran voz, diciendo: «¿Ha venido Modesto?... Que entre aquí. ¡Modesto, Modesto!»

Acudió el señor Díaz, y los dos amigos se abrazaron con ardiente cariño. El sano no podía contener las lágrimas; el enfermo, debilitado y con el cerebro inseguro, perdiendo y recobrando á cada momento el sentido y la palabra, no hacía más que darle palmetazos en el hombro, y sus ojos extraviados, tan pronto reconocían á don Modesto, como le miraban con extrañeza y estupor.

«Mi buen amigo—le dijo en un momento lúcido,—te sentí, y quise que entraras para darte la gran noticia. Ya siento un gran alivio en mi alma. A mi conciencia le han nacido alas, y mírame cómo subo hasta los cielos. ¿No sabes? ¡Ay, Modesto, qué alegría! Acabo de decidir que mi viña de Barranco de Abajo, la mejor que tengo, sea para ti. Ya es tiempo de que descanses, hombre. ¡Que león para el trabajo...! Ahora, con tu viña, que puede darte tus mil cántaras, que te echen sobrinos. Bastante tienen estas tontas con lo demás de Piedrahita, y yo nada necesito ya, pues quiero ser pobre lo que me quede de vida... No te vayas, Modesto, acompáñame, pues me dan más congojas... y me parece que me he muerto, y que me han enterrado vivo, y... No, no... que no me entierren vivo... Yo soy pobre... muy pobre, no quiero mausoleos, ni que pongan sobre mí una de esas piedras enormes con letras de oro... No, no quiero

letras de oro, ni hebillas de plata. Y en cuanto á mi gran cruz de Isabel la Católica, os digo que no me la pongáis, cuando me amortajéis... el día de mi muerte. No quiero más cruz que la de mi Redentor... á quien no me parezco nada, pero nada... Él era todo amor del género humano, yo todo amor de mí mismo. ¿Verdad, Modesto, que no me parezco nada... pero nada?»

Procuraban calmarle; pero ni aun podían, con la ayuda del señor Díaz, sujetarle en el lecho, pues dos ó tres veces se quiso arrojar de él desarrollando una fuerza nerviosa increíble en su extenuación. «Dejadme—decía,—no seáis pesadas. Huyo de lo que fui... No quiero verme, no quiero oirme. Hay un hombre, que en el siglo se llamó Manuel Flórez. ¿Sabéis cómo le llamaría yo? *el santo de salón*. Yo no soy él; yo quiero ser como mi Dios, todo amor, todo abnegación, todo caridad... No entiendo de intereses. Aquél hacía cuentas, yo las deshago; aquél vivió en mil vanidades, yo corro detrás de la verdad, ya la toco, y vosotras, ruines cócoras, no me dejáis...»

El médico, que en mitad de esta crisis apareció, dispuso remedios que no tenían más objeto que hacerle menos dolorosa la agonía. La parálisis de la parte inferior del cuerpo era absoluta. El derrame se había iniciado sobre la médula, dejando libre el cerebro. Don Modesto Díaz re-

solvió quedarse allí toda la noche. Después de las doce, el moribundo, inmóvil, rígido, descompuesto el rostro, honda y débil la voz, entornados los ojos, llamó á su amigo y le dijo: «Modesto, hazme el favor de leerme aquel capítulo de los *Soliloquios de nuestro Padre San Agustín... Confesión de la verdadera Fe*.

—No necesito leértelo, querido Manuel—dijo don Modesto, con sus manos en las manos del moribundo,—pues me lo sé de memoria: «Gracias os hago, luz mía, porque me alumbrasteis »y yo os conocí. Conocí Criador del Cielo, y »de todas las cosas visibles é invisibles, Dios »verdadero, todopoderoso, inmortal, interminable, eterno, inaccesible, incomprensible, incommutable, inmenso, infinito, principio de todas »las criaturas visibles é invisibles, por el cual »todas las cosas son hechas, y todos los elementos perseveran en su sér, cuya Majestad, así »como nunca tuvo principio, así jamás tendrá »fin...» Y siguió recitando de memoria largo trecho, hasta que Flórez, que como extasiado escuchaba, repitiendo algunas palabras, le interrumpió diciéndole: «Más adelante, más adelante, Modesto, donde dice... ¡Ah! yo lo recuerdo: «Tarde os conocí, lumbre verdadera, tarde os »conocí, porque tenía delante de los ojos de mi »vanidad una gran nube oscura y tenebrosa, »que no me dejaba ver el sol de justicia y la

»lumbre de la verdad. Como hijo de tinieblas...» Lo restante no se entendió. Fué tan sólo un murmullo ininteligible, un pegar y despegar de labios, como si algo saboreara.

Doña Catalina y don Modesto rezaban, y el ama y sobrina habrían hecho lo mismo si su copioso llanto se lo permitiera. Llegaron muchos amigos, y á la madrugada, conservando el enfermo su conocimiento, aunque turbado, se le dió la Extremaunción. Pronunció después conceptos incoherentes, sin conocer á nadie; pero cuando ya era día claro, como si la luz solar alentase la última chispa del pensamiento que se extinguía, miró y conoció á la señora Condesa, y alargando lentamente el brazo hasta tocar la manga del vestido con su mano temblorosa, le dijo con voz apagada: «No me olvide en sus oraciones, mi buena y santa amiga. Dios tendrá misericordia de mí, el más inútil soldado de la cristiandad militante. Nada hice de gran provecho: entrar, salir, saludar, consejos vanos... charla, etiqueta, buena vida, sonrisas... bondad pálida... ¿Sufrir? nada... ¿Sacrificio? ninguno... ¿Trabajos? pocos. ¡Ah, señora mía y hermana, de lo mucho y grande que usted hará en la vida mística que emprende, pídale al Señor que me aplique á mí alguna parte, por la buena fe con que servía sus ideas, figurando que las inspiraba! Yo no he inspirado nada, nada gran-

de... Todo pequeñito, todo vulgar... No fui bueno, no fui santo; fui... simpático... ¡ay de mí simpático. Válgame ahora, Redentor mío, mi simplicidad, esta pena de no haber sabido imitarte, de no haber sido como tú, sencillo, amoroso, manso, de no haber sabido labrar con el bien propio el bien ajeno, ¡el bien ajeno! único que debe regocijar á un alma grande; la pena de no haber muerto para toda vanidad, y vivido solamente para encenderme en tu amor, y comunicar este fuego á mis semejantes.»

Esta llamarada de elocuencia fué la última, y precedió á la extinción tranquila y lenta de la vida, sin sufrimiento. Diversas cláusulas fluctuaron en sus labios, como burbujas: una invocación á la Virgen, y la idea, la tenaz idea que no quería soltarle hasta el dintel mismo de la eternidad, que quizás le seguiría más allá, haciéndose también eterna: «No soy nada, no he hecho nada... Vida inútil, *el santo de salón, cérrigo simpático*... ¡Oh, qué dolor, *simpático*, farsal Nada grande... Amor no, sacrificio no, anulación no... Hebillas, pequeñez, egoísmo... Enseñóme aquél... aquél, sí...»

Acercándose mucho á su rostro, pudo el buen Díaz percibir estas expresiones... La vida se apagó tan mansamente, que no pudieron los doloridos circunstantes determinar el momento preciso en que entregó su alma al Señor el vir-

tuoso don Manuel Flórez; pero aquella diminuta porción de tiempo, punto de escape hacia la misteriosa eternidad, se escondía entre los quince minutos que precedieron á las nueve de la mañana.